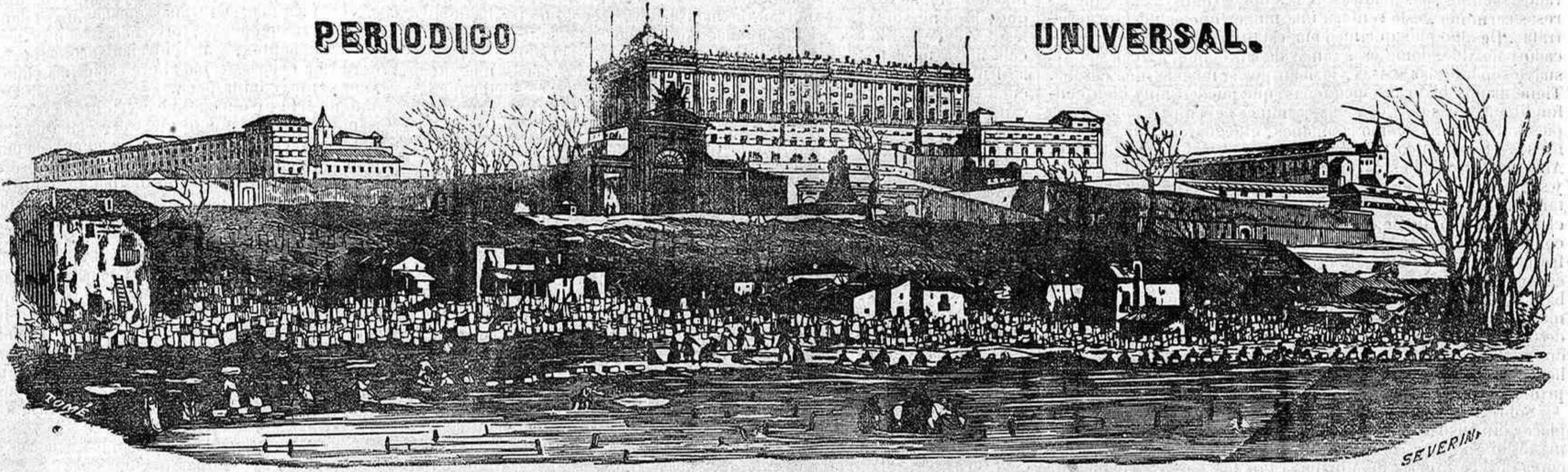


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 17.—SÁBADO 24 DE ABRIL DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ESPOSICION DE LONDRES.

CHINA.

Los cuadros chinos que se presentaron en el Palacio de Cristal, brillaban tanto por la delicadeza de sus detalles como por el mérito de la perspectiva. Las pinturas de ese país ostentan un colorido deslumbrador, y es imposible ver cosa alguna mas fina, mas rica que sus trajes. Se admiraban algunos retratos sobre cristal, de una hermosura incomparable, y preciso es convenir en que los artistas de Canton sobresalen en este género, como asimismo en los dibujos de los album. Los pintores Namkua, Youkua y Tingkua, de dicha capital, ejecutan obras primorosas. Sus colecciones de albums industriales y de flores son unos verdaderos tesoros. Nada inicia tanto en la vida y en las costumbres chinas, como esos dibujos y esas pinturas, que representan todas sus fases, todas sus mas interesantes ceremonias, todos sus mas importantes actos.

A la entrada del departamento destinado á la esposicion de la China se notaba un gran tapiz que parecia formado de muchas piezas unidas. El dibujo de esta obra forma parte del tejido, al paso que otros muchísimos tapices, que hemos tenido ocasion de examinar, como productos de aquel país, presentan sencillamente dibujos estampados.

Entre los objetos curiosos se veian raices de bambú esculpidas; estatuas muy grotescas de madera; grandes tiestos de porcelana, que sirven mucho para los jardines elegantes; animales fantásticos de barro y de madera, á los cuales se atribuye un poder imaginario, hijo de mil ideas supersticiosas, y se supone ejercen una influencia propicia ó funesta en las habitaciones.

Tambien llamaban la atencion un pequeño modelo de pagoda, de barro de color; diferentes molduras de la misma materia, que podian servir para adornos de arquitectura; pebeteros de figuras estrañas; muebles, juegos de ajedrez, y bronce de artísticos contornos. Algunos hermosísimos vasos de jade nos hicieron recordar que esta piedra, sumamente apreciada de los chinos, se presenta bajo todas las formas, como frascos, tazas y mil adornos, en los salones de los ricos mandarines.

Los faroles chinos son muy notables por sus raras y variadas figuras.

Los abanicos brillan por sus bellísimos varillajes de nácar, envueltos en la seda ó en el papel que forma los pliegues de lo que comunmente se llama el país, y tambien por sus admirables juegos de esmalte, de plata ó de nácar cincelado.

Los abanicos chinos no se han visto representados en Londres como correspondia. En Canton afectan mil y mil formas diversas. Unos, de papel de seda, redondos ó cortados en exágonos, estan adornados de figuras grotescas y tienen varillaje de nácar ó palo de rosa finísimo; otros, compuestos de plumas blancas, presentan figuras de triángulos, corazones, estrellas, etc., etc.

Tambien habia en la Esposicion un lindísimo *secretaire* de madera negra con incrustaciones; pipas de bambú y de cobre blanco; relojes, cuchillos, navajas de afeitar; un maniquí, que representaba á un mandarin en traje de ceremonia, adornado con la pluma de pavo real, y llevando en la punta de su cónico birrete el boton de insignia de su rango.

Llamaba asimismo la atencion por su rareza una pieza de seda de color subido, en la que se leia, bordada y en caracteres bastante grandes, una peticion dirigida, hace ya mas de dos siglos, al sub-gobernador de Canton, por algunos centenares de mercaderes, cuyos nombres aparecian al pié del mencionado escrito.

Los famosos nidos de golondrinas, que tan importante é indispensable papel representan en la cocina chinesca, no podian menos de figurar tambien en la Esposicion: su ausencia de ella hubiera sido una falta, que no podian cometer los comerciantes de baratijas del Celeste Imperio.

Estos nidos no se cogen en la China, como creen los europeos, sino que llegan allí del archipiélago Malayo, y particularmente de las islas de Java y de Sumatra. Son obra de una golondrina que se asemeja muy poco á la nuestra, y que los construye con el auxilio de una sustancia mucilaginoso, que se cria, segun parece, á las orillas del mar, y es una secrecion de ciertos pescados.

La golondrina construye por lo comun la vivienda para

sus crias en las sinuosidades de las rocas cortadas á pico, cuyos piés baña el Océano, de modo que el rebuscador de nidos se espone á los mayores peligros para apoderarse de ellos.

Los nidos tienen poco mas ó menos doble grueso que un huevo de gallina, y se someten á numerosas preparaciones antes de que se sirvan en las mesas de los Lúculos del imperio del Centro. Primero se secan bien, despues se entregan á los mismos rebuscadores, quienes extraen con unos ganchitos todas las suciedades que contienen. Refinados de este modo, no son mas que una sustancia blanda.

Se clasifican en el comercio estos nidos en varios géneros, segun sus respectivas cualidades. Los mas estimados son aquellos que han contenido crias, cubiertas de un ligero vello. Los que solo presentan huevos, pertenecen á la segunda clase; pero si los polluelos tienen plumas, se reputan aquellos como los mas inferiores. Por último, los que se encuentran abandonados por las crias forman el derecho, á causa de las plumas y suciedad de que están llenos.

El potaje de nidos de golondrinas es uno de los mejores platos de la repostería chinesca, plato que no desagrade á los paladares europeos mas delicados.

En nuestro siguiente artículo daremos fin á la esposicion de la China, ocupándonos del té, ramo principal del comercio de aquellas apartadas regiones.

CARTAS Á UN HOMBRE.

II.

LA PAZ.

Al pié de un sauce gigantesco brota una fuente cristalina que murmura entre bruñidos guijos y sonrie sobre un lecho de flores, como los niños cuando sueñan que los ángeles los acarician. Esta clara fuente, trasformada en manso y festivo arroyuelo, cruza un frondoso bosquecillo de limoneros y naranjos, avellanos y tamarindos, y se precipita en un estanque que surcan amorosos cisnes, cándidos bajelos de pluma sobre tranquilas olas de cristal. A la parte opuesta del estanque se alza una casita mas blanca que la nieve primaveral, y por todos lados la rodea un jardin sin fuentes ni estatuas, pero rico en frutas y flores que exhalan un perfume consolador. Ni el oro, ni el mármol, ni la seda brillan en el interior sosegado de la casita misteriosa; las sillas son de blanca paja, las colgaduras de muselina, las mesas de simple nogal; la comodidad y el aseo se encuentran sin dificultad en todas sus pequeñas habitaciones, el lujo en ninguna; no es el palacio de la riqueza, es la cabaña de la Paz.

Junto á una puerta, á la cual da sombra un emparrado que



Toma de Jerusalem.

forman los verdes tallos de la vid, unidos á las flexibles ramas de los jazmines y rosales, enredaderas, confundiendo los dorados racimos, las blancas flores del jazmin y las pequeñas rosas carmines, está sentada una muger que es necesario retratar. De algo mas que mediana estatura, su talle es tan delicado y flexible, como esas ramas de laurel que, agitadas por el suave soplo de las brisas, forman por sí mismas una corona. Tiene manos blancas y pequeñas, que pueden muy bien confundirse con los pétalos de los jazmines del emparrado; y unos pies tan pequeños como las manos, que guardan unas medias lisas de hilo blanco y unos zapatitos de tafete avellanado. Abundantes cabellos castaños claros coronan su frente tersa, y sombrean sus mejillas ligeramente sonrosadas; y largas pestañas guarnecen sus ojos grandes y rasgados, de un pardo tan claro que se confunde con lo azul. Una nariz correcta sirve de columna á dos cejas artísticamente indicadas, y dos labios frescos y rosados ocultan una dentadura de perlas. Reposo esta cara ovalada sobre un cuello de cisne, y una sencillísima bata color de mar, de hilo, cubre el cuerpo de esta hermosa muger, descubriendo parte de sus brazos, torneados como los de una Venus de marfil. Habrá cumplido de seguro los veintidós años de su vida; pero también puede apostarse que no ha llegado á los veinticinco, porque su tez conserva el brillo de la primera juventud.

Sobre las rodillas de esta madre, porque ya disfruta ese placer inmenso, único que puede llenar completamente el alma de una muger, descansa un niño de seis meses, exacta copia de los ángeles de Murillo. Fijos los ojos en su madre, que le toca con la yema del dedo en las mejillas, sonríe dulcemente, agradeciendo el tierno agasajo maternal. A los pies de la joven madre, y sobre una estera de junco, juega una niña de cuatro años no cumplidos, tan hermosa, que en sus tiernos años es un objeto de admiración. Tiene las mismas facciones de su madre; pero sus ojos y cabellos, ya mas oscuros, y sus cejas mas dibujadas, indican que serán con el tiempo casi negros, y que la hija tendrá una naturaleza mas vigorosa que la de la madre. Poco distante de la niña, sentada en una pequeña banqueta, está una doncella de labor, que tan pronto atiende á la costura que trae entre manos, como á los juegos de la niña; y á la parte afuera de la puerta está tendido reposadamente un enorme perro, cancerbero de aquel Eden.

¿Cuánta tranquilidad se disfruta en la casita misteriosa! Todas las miradas que se cruzan revelan la felicidad; todas las frentes están tersas, y todos los labios sonríen con inexplicable candor. Las poéticas y santas figuras de las Sacras Familias de Rafael Urbino parecen copias de estos animados modelos, y el pintor divino sólo ha trasladado á sus lienzos las mas bellas obras de Dios. El pensamiento de la madre es tan puro, tan inocente, tan tranquilo como el del niño de seis meses, como el de la niña de cuatro años. De seguro no abriga su alma ninguno de esos temores vivos que sacuden la inteligencia, como sacude un huracán las robustas ramas de los cedros; de seguro no siente esos irritantes deseos, que hacen hervir la sangre como una caldera de vapor; de seguro no abriga esas locas esperanzas, que producen ordinariamente rudas convulsiones de impaciencia. Contenta con lo que posee, y sin el temor de perderlo, disfruta esa sabrosa paz, propia de los bienaventurados, que no conciben placeres mayores que los que gozan, y tienen asegurada una perenne posesion. Rodeada de lo que mas ama, amada de cuanto la rodea, ve llegar los dias sin esperarlos, y pasar sin cansarse de ellos; y en un mundo de hermosos horizontes, ve nacer el sol entre topacios, y perderse en nubes de rubies.

Declina un tanto la tarde, cuando el perro se levanta sobre sus dos manos, olfatea durante algunos segundos, y levantándose completamente, empieza á andar sumamente despacio, como si quisiera salir al encuentro de alguna persona, sin perder de vista el hogar encomendado á su esquisita vigilancia. Inmediatamente despues se precipita en el interior de la casita un hermoso perro de caza, y empieza á distribuir sus halagos entre la madre, los dos niños y la doncella. La niña deja inmediatamente sus juegos para salir al emparrado; la madre se levanta al momento, con el pequeñito en los brazos, para dar la mano á su hija, y todos tres tienden los brazos hácia un bizarro cazador que viene á estrecharlos gozoso. El cazador apenas cuenta treinta y dos ó treinta y tres años; es alto, delgado, vigoroso, y su tez, un tanto tostada por el sol, es morena y sonrosada. Dos ojos negros y rasgados brillan bajo dos cejas bien marcadas, y abundantes cabellos negros sombrean su frente altiva y despejada. Una nariz aguileña y bien proporcionada toca el sedoso bigote, que cubre en parte sus labios frescos y ligeramente abultados. Viste un sencillo traje de caza; pero lo lleva con suma elegancia, y se descubre á primera vista que cuida de su persona, porque sus manos están cubiertas con guantes de ante bien curtido. A pocos pasos lo sigue un criado, cargado con dos escopetas de dos cañones, un zurrón de caza y una percha llena de codornices y alguno que otro pajarillo. El perro, que habia salido á recibirlos, cierra la marcha con su imponente gravedad. Inútil es decir que el afortunado cazador es padre de los hermosos niños y esposo de la joven madre.

El cazador cogió en sus brazos á los dos niños á la vez, y al mismo tiempo que la grandecita lo besa en la mejilla y el pequeñito se entretiene en cogerle los extremos de los bigotes, estampa un beso pudoroso en la frente de la casta madre, formándose un precioso grupo de cuatro cabezas hermosas, llenas de vida, radiantes de felicidad. Para trasladar al lienzo estos grupos no bastan pincel y colores, se necesita el genio de esos artistas semidioses, que sorprenden todos sus secretos á la naturaleza y cambian creación por creación. Los esposos y sus tiernos hijos se trasladan del emparrado á un comedor con preciosas vistas al jardín. Un blanco mantel cubre una mesa de nogal, capaz para cuatro cubiertos, en cuyo centro se ven varios canastillos de frutas olorosas y sazonadas. El padre se coloca entre su esposa y su inocente hija; la doncella se sienta tambien con el pequeñito entre los brazos. En una vajilla de loza les sirve el criado que habia acompañado al cazador, una comida sana y nutritiva, preparada por una cocinera, que, con el jardinero, compone toda la servidumbre de los dos felices esposos. El padre cuida de hacer el plato y trinchar los manjares á la niña; la madre da al pequeñito algunas sustancias inocentes que no pueden hacerle daño; la mesa, aunque rodeada de poca familia, presenta el aspecto de una comida patriarcal.

Luego que terminen los postres, los dos esposos, la doncella y los niños se dirigen al estanque. El padre lleva á su hija de la mano, y cuando se sienta sobre el pretil del estanque, la pone sobre sus rodillas; la madre lleva á su hijo en los brazos, y así lo tiene sentada al lado de su esposo; la doncella lleva un canastillo con migas de pan y desperdicios de las frutas. Los ágiles y nevados cisnes, de erguidos y lustrosos cuellos; los gansos pesados y los patos de mil colores, se acercan en alegres tropas asordando el aire con sus monótonos graznidos, y agitando las calladas ondas con sus desiguales carreras en aquella confusa regata. La niña desmigaja pan y lo arroja con sus pequeñas manecitas á la revuelta turba acuática; el niño no aparta los ojos de las pintadas aves, bate palmas cuando corren, y da gritos inarticulados en contestación á sus graznidos. Los padres se cuidan apenas de los cisnes, los patos y los gansos; miran cariñosamente á sus hijos, se miran del mismo modo, y aunque ambos guardan silencio, son tan elocuentes sus miradas, que nada tienen que decirse, porque todo lo revela el mudo idioma de los ojos.

Declina la tarde: los patos, los gansos y los cisnes se van retirando lentamente, despues de haber apurado las provisiones que la doncella trajo en el canastillo. El niño se queda dormido sobre el albo pecho maternal; momentos despues inclina la niña su ensortijada cabecita sobre las rodillas de su padre, y tambien se queda dormida. El último crepúsculo brilló en el nacarado Occidente: las sombras suben presurosas desde los valles á los llanos, desde los llanos á las sierras, y la blanca casita, y el cristalino estanque, y los verdes bosquecillos vierten el luto de la oscuridad. De improviso apunta en Oriente la luna llena, sin que coronen su espaciosa frente densas nubes ni blancos vapores; las sierras se iluminan de repente, despues los llanos, luego los valles por mitad; la casita se torna de nácar, de plata el estanque, y los bosquecillos recobran una parte de su verdura. Se levantan los dos esposos, penetran en la casita, llevando los niños en sus brazos, y los reclinan muellemente en sus lechos. Esposo y esposa besan repetidas veces las suaves frentes de sus hijos, y salen cogidos del brazo: la doncella queda guardando el sueño de aquellos ángeles hermosos.

El padre y la madre han sido hasta aquel momento casi esclusivamente para sus hijos; pero ya que los niños duermen, pueden consagrarse el uno al otro, y correr á la luz de la luna los bosquecillos encantados de limoneros y naranjos. Libres y solos animan sus conversaciones mucho mas que hubieran podido hacerlo diez ó doce personas reunidas: entre las caricias mas tiernas y las mas sentidas frases de amor, se dirigen epigramas casi picantes, que alejan la monotonía de las palabras, y riñen por el solo placer de hacer las paces al momento. Ya corren como dos escolares escapados del aula, ya se detienen al mismo tiempo para escuchar los melodiosos trinos de algun ruiseñor enamorado, que canta sus tiernas endechas sobre las ramas de un rosál, y ya lanzan al mismo tiempo un agudo grito que deja mudo al pajarillo, para reñirse mutuamente por haber interrumpido la improvisada serenata. Padres tiernos, afectuosos y hasta graves delante de sus hijos y sus criados, se trasforman en dos niños entre el doble misterio de la soledad y las sombras: cantan, juegan y rien, no experimentan remordimiento por lo pasado, ni zozobra por lo porvenir.

Casi fatigados de correr, casi convulsos de reir, y casi roncacos de cantar, se vuelven cogidos del brazo y á paso lento por las mismas calles de árboles que han recorrido á la carrera. Aquí cogen una naranja extraordinariamente gruesa que les ha tocado al pasar; mas allá cogen una rosa que los ha incitado con su penetrante fragancia; un momento despues se paran á lavarse las manos en un arroyo, y se echan algunas gotas de agua á la cara, hasta que tienen que echar á huir cada uno por su lado para reunirse luego en un abrazo. Llegan al borde del estanque, é inmediatamente se acuerdan de sus hijos, que han estado dos horas antes entreteniéndose con los cisnes; corren á la alcoba en que duermen, como si no los hubieran visto en un año, como si temieran perderlos, y cubren de besos á porfía aquellas pequeñas manecitas, aquellas frentes de terciopelo, aquellas bocas que despiden el tierno aroma de la infancia. Saciado el amor paternal, ambos esposos se retiran á la alcoba inmediata, y reposan en el mismo lecho.

UN ANGEL.

DOLORES DE CORAZON.

Dichoso mil veces el que con el corazón limpio de polvo y paja se entretiene dulcemente en escribir alguna historia divertida, contando á sangre fria dolores ó placeres, sin que ni los dolores le cuesten una sola lágrima, ni los placeres le hagan cambiar la estoica severidad de fisonomía que debe reinar en el autor aplicado á su trabajo, por la mas ligera sonrisa ni por la mas pequeña muestra de gozo interior. Dichoso mil veces el que no tiene ojos mas que para ver cómo ha de ir empujando con letras el papel blanco que tiene delante, ni alma mas que para, atándola en la punta de la pluma, evitar de este modo los trascendentales peligros de los errores ortográficos. Dichoso pues yo, que me encuentro, ni mas ni menos, en este estado de deliciosa calma, en que tanto se me da por lo que va, como por lo que viene; gracias á que ya se me ha dado mucho por lo que fué y por lo que vino, ó gracias á otra cualquier cosa, que eso ni me importa á mí, ni mucho menos á otro. Bendita sea la facultad que el hombre tiene de escribir, que si á esto añade el ser buen pendolista, pocas felicidades andan por la tierra ni comparables siquiera, con las que proporciona una bien entendida caligrafía, que para ser bien entendida, ha de considerarse como la fórmula de una condensacion física de todas las vaporosidades morales, que nublando el alma, acabarían por hacer inútil toda la luz que Dios la dió, á no irse destilando y escurriendo desde la cabeza por el brazo derecho, ó por el otro, si el que escribe es zurdo, mal pecado, hasta venir á dar, (¡quién lo diría!) en un trozo de papel donde quedan grabadas y sujetas, en castigo de lo que al alma incomodaron, y para que no vuelvan otra vez á incomodarla. Bendito pues yo, que aunque no completamente feliz, porque me falta lo de buen pendolista, al fin y al cabo escribo como Dios me da á entender, y desahogo la cabeza de una porcion de vaciedades, que maldito si podrían servirme para otra cosa mas que para atolondrarme, á

no poder yo darlas salida maldiciéndolas de buena fé, y entregándolas sin misericordia ninguna al brazo seglar de gente estraña, que no las ha de ver con peores ojos que yo, ni las ha de aborrecer con mas malas entrañas que las mías, donde se engendraron á fuerza de dolores, torciéndolas con tormentos, abrasándolas con llantos, y desentrañándolas á purísimos quebrantos, hasta dejarlas como ahora estan, mas muertas que vivas, con tanta y tanta pena.

Verdad es que no tengo yo nada que escribir que sea cosa de contar; pero no es esencial que lo que se escriba haya de ser cuento, y muchas veces, como ahora, se vienen á la punta de la pluma una porcion de palabras salidas yo no sé de dónde, y encaminadas adonde tampoco sabe nadie, y no hay otro remedio sino que entre todas ellas vienen á componer, por ejemplo, un artículo de periódico, destinado acaso á fastidiar á todo el que le lea.

Huyendo yo este inconveniente, voy á hacer todo lo posible por no divagar mas, dando á mis ideas una forma que las haga parecer tales, aun cuando bien sabe Dios, que yo creo que no son ideas, ni quien tal pensó. Hay que saber que yo me hallo en este momento bajo la maligna influencia de una porcion de penas, tan largas ellas de contar, como corto ha sido el tiempo que yo he empleado en proporcionármelas para mi uso, y sabido esto, sabida está la causa de haberseme ocurrido la idea de pasar revista á todos los dolores de corazón de que se me ha quejado por ahí infinidad de gente.

Entre estos dolores de corazón los hay de todas especies, y tan diferentes como lo son entre sí las personas á quienes se los he oido contar, ó en quienes los he observado, porque tambien hay gente á quien se la funde el corazón á fuerza de retortijones, sin decir esta boca es mía.

De este género, y perteneciente á los dolores observados por mí, fué el dolor de un criado que yo tuve, que de la noche á la mañana se me ahorró de una viga de su cuarto, dejándome antes toda mi ropa bien cepillada en la cómoda, y las botas lustrosas como espejes, allí en el mismo cuarto en que acabó con sus dias, indudablemente apenas hubo concluido de limpiarlas; porque tenia el cadáver la cara llena de unto, y por consiguiente negra de haberse llevado á ella en el dolor de la agonía las manos que acababan llenas de vida de hacerme el último servicio, en aquella época mas necesario que ahora, porque no habia botas de charol. Por lo demás yo supongo que mi buen criado tendria sus razones para tomar partido tan desesperado; pero por mas que no sin motivo pueda culpárseme de mal observador, no puedo menos de confesar que yo no sé cuáles fuéron. La hija de un portero de esos que hay en los tribunales, que vivia en la misma calle que yo, dijo á una criada de mi casa que el pobre Manuel habia sido víctima de las preocupaciones de la sociedad, porque se habia enamorado de ella, sin pensar en la desigualdad de clases que los separaba; pero que ella no tenia la culpa, porque así se lo habia dicho mil veces. Yo no sé si esto seria cierto, pero si así fué, y es esta la causa de aquel prematuro suicidio, tan dolor de corazón es el que sufrió mi pobre Manuel, como otro cualquiera. De lo que yo estoy seguro es de que no se suicidó por mal de cabeza, porque tenia poca, y esa poca dura y bien alianzada á los carrillos por unas patillitas, estrechas, sí, y cortas, porque no le pasaban de la perilla de la oreja, pero semicirculares, y que en redondo le cerraba cada una una mejilla.

El segundo dolor de corazón que he observado, me hace llorar todavía; pero á la verdad que ese dolor mas es mio que ageno, porque en quien debia sentirle y en quien yo le supongo, creo yo que no hacia mella ninguna; pero son difíciles de averiguar los secretos del corazón, y no seré yo seguramente quien asegure redondamente nada que tenga que ver con los que se llaman sentimientos. Lo cierto es que yo he visto á una muger joven, que llevaba en los brazos un niño de dos ó tres años, muerto. Iba por un camino, y yo la encontré poco antes de llegar á un pueblo. Ella iba en direccion opuesta á la que yo llevaba, es decir, que iba de viaje, adónde? Yo no lo sé. Cuando me dijo que aquel niño, cuya inocente cabeza era una de las mas angelicales que yo he visto en niño ninguno; cuando me dijo que aquel niño era su hijo, sin saber yo mismo lo que hacia, tiré al suelo todo el dinero que llevaba, y haciéndome los ojos fuentes de lágrimas, hué de aplicar, en medio de la convulsion que aquella pena produjo en mí, con tanta fuerza las espuelas á mi caballo, que en menos de un minuto, él, desbocado, dió con la cabeza en una cruz de piedra que habia á la entrada del pueblo, y allí mismo quedó muerto, y el dolor físico de la caída vino á sacarme á mí de la penosa abstraccion á que me habian conducido aquella madre pobre y aquel hijo muerto.

Un amigo mio, hablando conmigo un dia de las penas que sufre el corazón cuando da en tener buenos sentimientos, me pintó tan al vivo los dolores que sufrió en este mundo un hombre sensible que por desgracias particulares se vió precisado á vivir largo tiempo en una casa de postas, que no puedo menos, al hablar de dolores del corazón, de repetir aquí algo de lo mucho que mi amigo me dijo acerca de los sufrimientos de aquel infeliz. Yo no sé si lo que voy á contar será verdad, porque mi amigo, á pesar de ser hombre grave y de conciencia, es bastante dado á inventar cosas para entretener el tiempo hablando, que es su delicia; pero de todas maneras yo creo á pies juntillas todo lo que me cuentan, y será el primer engañado si lo que voy á escribir no es cierto. Despues de haberme mi amigo dado una idea clarísima del carácter del hombre cuyas desgracias me contaba, idea que yo no daré á mis lectores, porque no tengo tiempo para escribir con asiento, como ya lo deben haber conocido; despues de haberme hecho comprender perfectamente que el hombre de la historia era en extremo sensible, hasta el punto de contraer amistades íntimas, lo que se llama relaciones amorosas, y en fin, toda clase de afecciones en un segundo; despues de haberme hecho hasta llorar, contándome mil sentimientos que este hombre habia tenido en este mundo de resultados de la prontitud con que tomaba cariño á las personas, empezó por fin á decirme lo que él sabia de los últimos padecimientos de aquel hombre, víctima desgraciada de la simpatía.

Yo no sé por qué pasos vino á verse precisado á vivir en una casa de postas. La ausencia es lo que mas se parece en el mundo á la muerte, y entre las lágrimas que nos arranca un objeto querido al separarse de nosotros para siempre cuando se muere, y acaso para siempre cuando se marcha lejos de

Los dos amigos cesaron de hablar por algunos momentos.

Este diálogo tenía lugar, como conocerá indudablemente el lector, en la morada de Astasio, en la mezquita del Muftí, que tampoco le es desconocida.

Refirió despues el soldado á nuestro héroe los sucesos de la noche del 26 de diciembre: que Aben Farax milagrosamente escapó sano y salvo despues de conmover la ciudad, sin que lograra darle alcance el marqués de Mondéjar que salió en su seguimiento, y solo llegó á tiempo de ver internarse en la sierra al caudillo morisco por el barranco del rio de Dilar.

Presentó tambien ante sus asombrados ojos la historia de aquellos breves dias, tan fecundos en acontecimientos, tan adversos para el poder castellano.

Narró la rebelion de casi todas las Alpujarras, las horribles y feroces represalias de los moriscos, sus casi fabulosas inhumanidades en las tahas: la sangre corria á torrentes, habian vuelto para la Iglesia los primitivos tiempos, y do quiera se veia á los ciudadanos pacíficos, á las mugeres, á los niños, caminar entre horribles suplicios á alcanzar la palma de los mártires.

El poder castellano se preparaba para la venganza: los aprestos de guerra, pero de guerra dura y bárbara, por todas partes se veian.

Astasio queria saltar de su lecho lleno de helicosa impaciencia.

Los dos jóvenes soldados departieron largamente acerca de sus esperanzas temerarias y de sus atrevidos proyectos.

El herido distinguia, aunque vago y lejano, sin atreverse á fijar en él la vista, detrás de todos esos peligros, el puro semblante de Doña María que le sonreia dulcemente.

Con tan gratas esperanzas despidiéronse ambos amigos. Astasio púsose á meditar entonces en esos dias que habia pasado en el lecho, perdidos para él tras de la fiebre, negra bruma que velaba sus recuerdos.

Cuando habia recobrado el uso de la razon, hallóse en el lecho y en su morada.

Todo estaba colocado con el mayor cuidado: en derredor notábase la huella de una mano previsorá; creyó despertar de un ensueño: quiso alzarse, y el súbito dolor de sus heridas le reveló su posición.

La tibia luz de una lámpara alumbraba todos los objetos. Recordó entonces el instante en que salvara á Alvarado; su desesperada lucha con los moriscos; el puñal de Farax levantado sobre su corazon; al anciano que tan inesperadamente le salvara de la muerte.

Despues nada pudo penetrar mas allá: era un vacío donde no alcanzaba su inteligencia, ni llegaba la luz de sus recuerdos.

Despues habia creído ver cerca de su lecho una frente noble inundada de cabellos blancos que velaba su fiebre, que contaba el latir de su pobre corazon y le miraba con amor inmenso, que tenia ciertos puntos de semejanza con el anciano que le salvara de Aben-Farax.

Empero eso nada mas podia ser, meditó, que la ilusión de sus sueños: otro que maese Tristan no tendria el cuidado de su salud; su alma habia quedado adormida bajo el influjo del beneficio que recibiera del desconocido, é indudablemente su imaginacion daria las nobles facciones de este al cáustico y pedantesco Tristan, al médico de la casa de Mondéjar; y además, ¡cuántas fantásticas figuras, compañeras inseparables de la fiebre, se asientan á la cabecera de los enfermos!

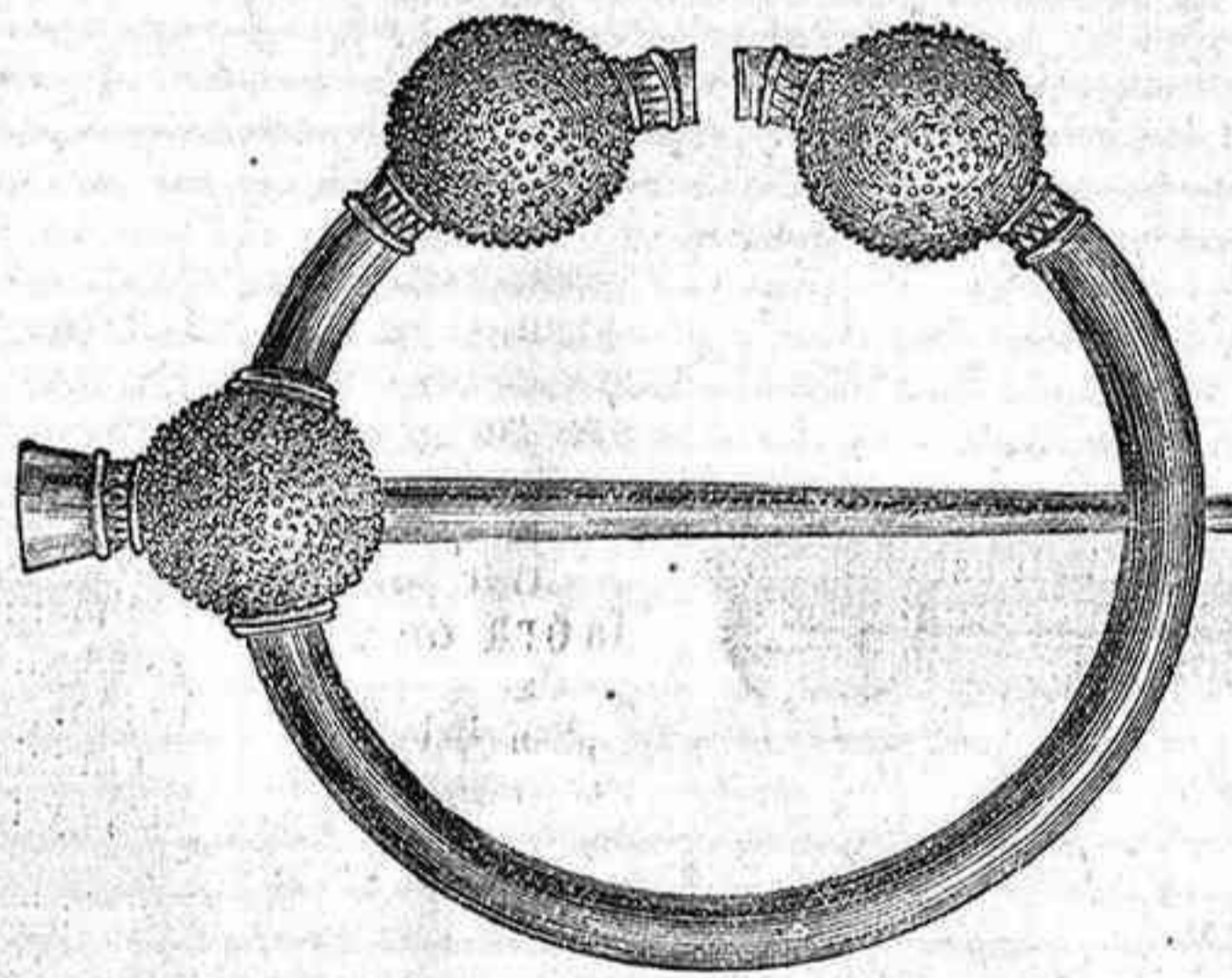
Su pensamiento, cesando de vagar en estas ideas, detúvose ante la imagen de Doña María, fascinador íman que arrastraba su corazon.

Bello es sentirse renacer á la vida despues de una dolencia penosa, pasar largas horas contemplando el azul limpio de los cielos, y aspirar el grato perfume de los campos!... mas ¡ay! triste, muy triste cuando sentimos que el latir del corazon clava mas y mas la flecha que le sangra, cuando contemplamos con enojo los encantos todos de la creacion, y miramos con pesar lejána ya la tumba!

Tambien empero siente el alma un amargo embeleso en sumirse en la desgracia propia. Ciertos corazones no tienen otro consuelo en el mundo que la conciencia de sus dolores.



Fuga de Saladino á través del desierto.



Broche antiguo.



Ricardo Corazon de Leon.

Era en verdad incalificable delirio que él amase á Doña María; apartábanle de ella insuperables distancias: harto lejána en verdad la veia el escudero.

Empero imposible le era dejar de adorarla: demasiado lo habia meditado ya en sus noches solitarias, y no queria gastar el corazon en vanos esfuerzos. Además, todo lo que en él habia de grande, de noble, era la doncella. ¿Qué seria su pecho sin esa imagen adorada aunque lejána? Lo que un altar sin el ara consagrada!

¿Necesitaba en fin Astasio que fuese su cariño correspondido? El amor, la mas espiritual de las pasiones del corazon, lo exige acaso imperiosamente. ¡Pues qué! ¿Amar no es gozar por ventura?

Astasio debia adorar á Doña María como se ama un bello pensamiento, como se ama á una madre.

Oh! hermoso es saber que el afán que nos abrasa el alma es correspondido; pero tambien es bello y grande colocarnos como un escudo invisible ante el porvenir incierto de una muger, para apartar los abrojos de su camino.

Esta era la mision que debia cumplir Astasio; mision dolorosa y difícil, pues respirando siempre el mismo aliento que ella, debia ocultarla con rudo y cuidadoso afán los sentimientos todos del alma.

Tal era su deber, este su porvenir, y ¿no hay por ventura para todas las almas que tienen precio, un rudo deber, un doloroso porvenir á que dar cima?

Este amor santo, puro y dulcísimo no podia cumplirse en la tierra, debia esconderlo para siempre dentro de su alma, y á esa muger, que pasaria al orbe de las ideas, á la region de las paradojas, labrarla un templo en su seno para adorarla en secreto.

Abandonemos por un momento á Astasio con sus negros pensamientos para seguir al bueno de Camargo.

Nuestro amigo entró en el palacio de Mondéjar. —Dios os guarde, honrada Doña Berenguela, dijo á una severa dueña que encontró á su paso.

—El sea contigo, Sancho, contestóle ella, abandonando al verle su ágrío continente ¿Qué hay de nuevo en la ciudad? ¿qué se dice de las tahas? ¿has hablado con el pobre beneficiado de los Ojijares? Hanme dicho que se han alzado los lugares de Almazora, y que ese maldecido marqués de los Velez entra en el reino de Almería con gran poder para oprimillos.

—Siento en verdad no poder satisfaceros cual quisiera, dijo dulcemente nuestro amigo, asustado con tal tormenta de preguntas; desde esta mañana que os vi por última vez en la ciudad, no me he separado un momento de Astasio.

—Y ¿cómo va el doncel? dijo la dueña olvidando su curiosidad al oír este nombre.

—Sálvase de sus graves heridas, que le han tenido á las puertas del sepulcro.

—Sí, maese Tristan me ha dicho que su restablecimiento va á ser rápido y casi milagroso. Oh! maese Tristan...

Cuando la locuaz dueña iba evidentemente á hacer el panegirico del médico, apareció la noble y melancólica marquesa.

—Buenos dias, Sancho, dijo al soldado con esa familiaridad noble que jamás se aprende ¿Qué nos dices del herido? seguramente acabarás de verle.

Doña Berenguela, continuó dirigiéndose á la dueña, Doña María os espera.

La dueña desapareció. —Astasio, contestó Camargo descubriéndose, está casi bueno ya: ¡parece imposible!

Nada mas esperaba el soldado largos dias hacia, que una ocasion en que pudiese hablar sin testigos á Doña Elvira: ese momento tan deseado habia llegado al fin, y Sancho estaba turbado. ¿Qué significacion tendria ese manuscrito manchado que le habia entregado, ó mas bien que habia arrancado á un moribundo? ¿Qué podia haber de comun entre Doña Elvira y un oscuro soldado? ¿Qué diria este á la noble marquesa, colocada harto lejos de las pasiones que luchan en el mundo?

Tal vez Camargo no se haria á sí mismo todas estas preguntas; pero Camargo tenia miedo, sentia una desconocida inquietud.

—Debo hablaros en secreto, señora, dijo al fin, presentando bruscamente la cuestion como hombre que quiere comprometerse en el peligro.

—Solos estamos, contestó Doña Elvira dulcemente, creyendo

que se trataba de que derramase sus bondades sobre algun compañero del soldado que precipitara en la miseria uno de esos azares tan comunes en la guerra.

—Perdonad, señora, dijo él, harto grave es el negocio con que os molesto. Oh! las paredes oyen, añadió recordando la confianza de Hurtado. Vengo con vuestro perdon á repetiros las postreras palabras de un moribundo.

Si no hubiese sido tanta la turbacion de Camargo, habria notado la fuerte impresion, la agitacion violenta que se apoderó de Doña Elvira al escucharle.

—Sigueme, le dijo dominándose como el que quiere desechiar un recuerdo.

Sancho siguió á la marquesa.

Pocos momentos despues habia Sancho con direccion á la ciudad. Su continente era pensador, meditabundo.

El benévolo lector penetrará ahora con nosotros en una estancia del palacio de Mondéjar, estancia adornada con gusto grave é imponente: respirase en ella un aire de santidad austera; alúmbranla los postreros rayos del sol.

Ante un Crucifijo hay arrodillada una muger orando.

Su plegaria es muda, silenciosa...

En sus manos hay un ennegrecido manuscrito...

De pronto alza su cabeza y la luz ilumina su rostro inundado de lágrimas...

—Oh Dios mio! dijo. Le habreis perdonado como yo le perdono!

Pasaron unos instantes de silencio.

—Gracias! continuó dirigiendose al Crucificado, gracias!



Santiago de Maillé, solo ya en el campo de batalla, rehusa rendirse.

brir con la máscara de la felicidad! ¡Duro sacrificio! En las desgracias de que nos dolemos todos, queda al menos el placer de esponerlas á la pública compasion, como el leproso sus llagas asquerosas y profundas.

Pero nunca meditamos en esas incurables heridas que no deben arrancar una queja para encontrar una palabra de simpatía.

¡Horrible, duro sarcasmo de la suerte, que las mas de las veces adorna con flores y con galas el ataúd!

CAPITULO XI.

Amor sin esperanza.

Es el 30 de abril de 1569.

Han pasado cuatro meses desde que Astasio fué herido: desde la noche en que Farax, Aben-Farax intentó con éxito tan desgraciado sublevar al Albaicin.

Cuatro meses

Astasio de Bracamonte amaba con cariño creciente á Doña María; pero ese amor estaba bañado de desesperacion. Nuestro amigo acababa de llegar de las Alpujarras, donde ardía la tea de la guerra, con una mision importante.

D. Diego Monte, su poderoso rival, habia entrado tambien en Granada poco antes que él.

Cien veces halláronse los dos en lo mas recio del combate, y habia huido nuestro amigo la presencia del veinticuatro, como sintiendo á su vista el germen de un crimen que súbitamente se presentara á su corazon.

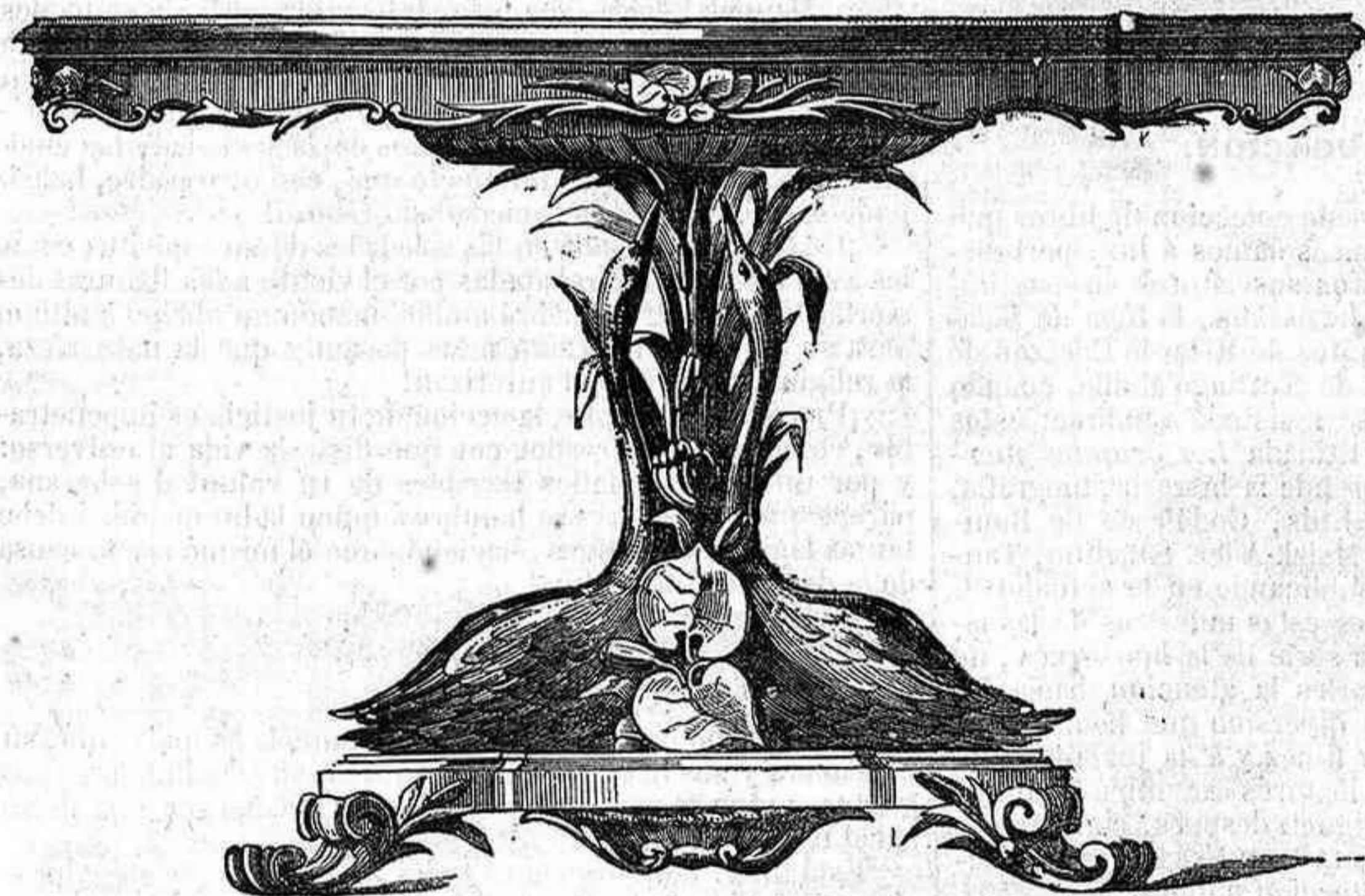
El valor temerario de Astasio era proverbial en el campo cristiano. Sancho Camargo, al verle, habia recordado con terror, mas de una vez, el del infeliz Fortun Hurtado.

El hidalgo nada habia adelantado ni perdido, al parecer, en el corazon de Doña María, ó acaso escudado con la promesa de sus padres, nada intentara aun.

Astasio al verla otra vez, creyó hallar en Doña María un tinte de melancolia secreta que jamás habia notado en el sereno rostro de la purísima doncella; y... ¡cosa estraña! sintió una alegría desconocida al observar esa mutacion misteriosa que solo habria percibido la segunda vista de un corazon amante.



Tancredo.



Mesa dibujada por la duquesa de Sutherland.

porque en pago de mi vida de espiacion, borrais la última huella de este horrible secreto que corroe mis entrañas hace veinte años, y que amenaza como un horrible espectro el porvenir de todo lo que amo en la tierra.

Esa muger que así llora sus recuerdos, que se estremece por su pasado y que tiembla por su porvenir, es la buena, la feliz, la envidiada señora Doña Elvira de Mendoza, marquesa de Mondéjar.

Esas criaturas nobles, poderosas, felices que todos envidiamos en el mundo, ocultan tal vez en el alma un inconsolable dolor que han de cu-



Escopeta.

¿Qué forma blanca es esa que al caer de la tarde se destaca misteriosa sobre el azul limpio de los cielos en uno de los ángulos de la torre de los Picos, hacia levante?

Es una muger.

Esa muger trae á la imaginacion las castellanas que desde las atalayas de sus fortalezas, devoradas de mortal inquietud, esperaban al escudero fiel que les anunciara la anhelada vuelta de su bien amado, que sediento de gloria marchara á la Palestina, ó las devolviese el rizo de cabellos y la sortija de los desposados, despojo sangriento que completara toda una tragedia de amores.

Empero la solitaria de la torre de los Picos no era otra que la hija de los nobles marqueses de Mondéjar. Doña María se hallaba sola, completamente sola; su fisonomia estaba bañada de tristeza; pero de una tristeza dulce y resignada.

ostentan mas enérgicas y profundas, á medida que la humanidad está mas próxima al origen que le conocemos.

Por el contrario, ese encalecimiento, permitaseme esta espresion, que han dado al corazon de Manuela las impresiones rudas que lo han combatido desde su niñez, y esa poca impresionabilidad de sus nervios, por el efecto de la habitud á recibir emociones violentas, han hecho ascender mas los grados del infortunio de su alma, porque la han despojado de esa susceptibilidad á impresiones frívolas y ligeras, que distraen, halagan y enajenan la imaginacion de las mugeres, cuando su corazon queda apriisionado entre las redes de una pasion.

Y cuando el suyo cayera en ellas, ¿qué encontraría dentro de sí misma para distraer su espíritu de la situacion que lo preocupaba? Nada, nada de esos mil estímulos de ilusiones mugeriles, que se esconden en la naturaleza sensible y superficial del sexo, cuya alma no ha pasado por la lija de hierro que el alma de Manuela.

Infeliz! infeliz hasta el martirio, el día que una pasion se abriese paso en su alma, condenada como está por su padre á no entregar su corazon á ningun hombre! Infeliz ó criminal, no hay medio!

Y entre tanto, ¿con qué la ha compensado su padre, de esta orfandad glacial á que destina su alma, si es posible que haya para esto compensacion humana?

Desde 1843

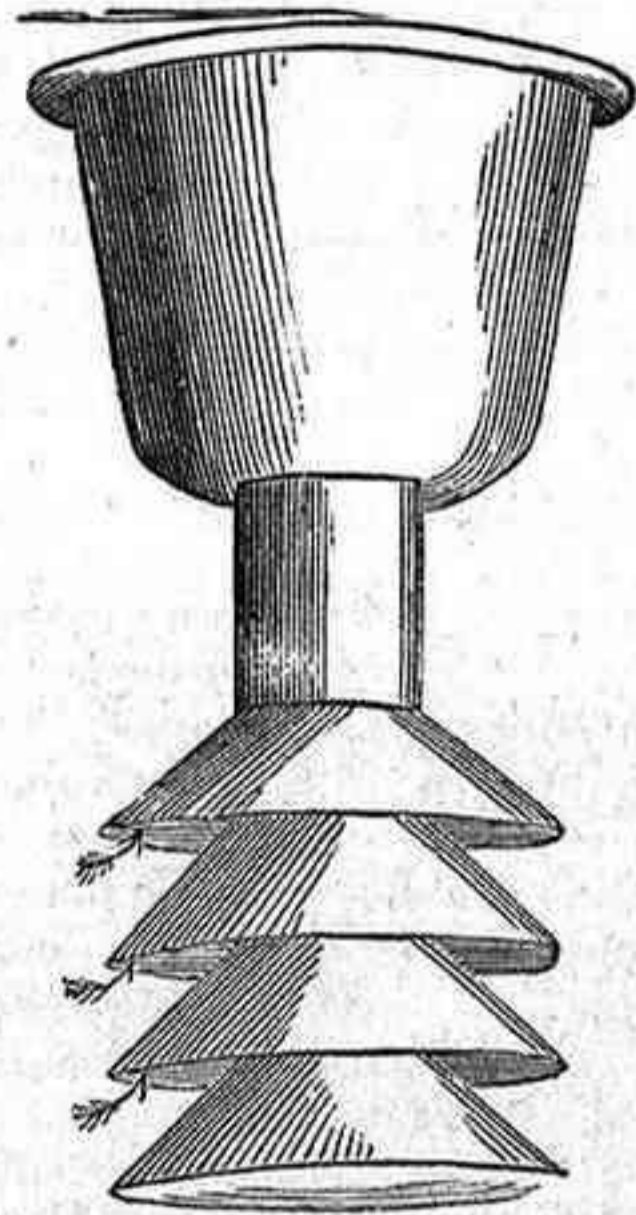
empieza Rosas á variar de instrumentos y de formas para la prosecucion de su dictadura. A la manera de Cromwel, con quien tiene tantas similitudes, empieza á despejarse de aquellos hombres que le sirvieron para aquellos hechos inauditos de sangre, luego que estos hechos se consumaron, y da principio á la organizacion de una especie de corte, con ciertos oropeles y fausto que le hiciesen menos repugnante en el esterior, con quien empezaron en esa época sus célebres cuestiones que continuan hoy.

Manuela entonces, sombra viviente y forzada del pensamiento de su padre, tiene que pedir á su inteligencia cuantos recursos le quedaban de los que la Providencia le habia dado, para suplir con ellos todos los defectos de su descuidada educacion de cultura, y hacerse de repente dama de estrado y gabinete, para ayudar á su padre á engañar y estraviar en sus juicios á los diplomáticos europeos, y para dar al pueblo de Buenos-Aires la iniciativa de una vida ficticia, llena de abandono, de lujo y de algazara, á que el dictador lo destinaba por algunos años, á fin que olvidase el cáncer que devora las entrañas de la sociedad civil y política.

Pero ¿es eso bastante? Oh Dios mio! eso no es sino hacerla marchar por otra vereda en los caminos del vicio! Ayer la prostituia con sus asesinos, hoy la prostituye con la mentira, con el artificio, con el dolo.

Pero aun concediendo que esa vida de apariencias civilizadas que hoy goza Manuela en su palacio de Palermo, pudiera distraer su espíritu, ¿será menos verdad que para las pasiones nobles, su corazon es un desierto donde la flor que brotara sería arrancada por la mano parricida de Rosas? ¿Será menos cierto, que del cielo que la cubre no es posible que se desprenda una sola gota de rocío, para apagar esa sed de la naturaleza humana que se llama el amor, sino es entre una nube de misterio y culpa?

Alma endurecida en el yunque de los delitos, Rosas es incapaz de apiadarse de la situacion á que él mismo ha condenado el corazon de su hija. Pero la naturaleza habla alguna vez; allá quizá cuando el frio de la muerte empieza á helar la fiebre de sangre en su cabeza, echará una mirada sobre su hija, tan fiel, tan sumisa, tan leal á su voluntad por su desgracia, y sentirá quizá todo el torcedor de los remordimientos en su alma, cuando vea en ella la primera víctima de sus delitos!



Ventilador para buques.

Por su padre, ella ha sido profanada en un lodazal de crímenes y vicios, rozando sus vestidos de virgen, con el poncho ensangrentado de la Mas-horca, y con las sedas infamemente adquiridas de mugeres sin honra.

Por su padre ha perdido la parte mas florida de su juventud, en un laberinto perpetuo de inquietudes, de sobresaltos y de intrigas.

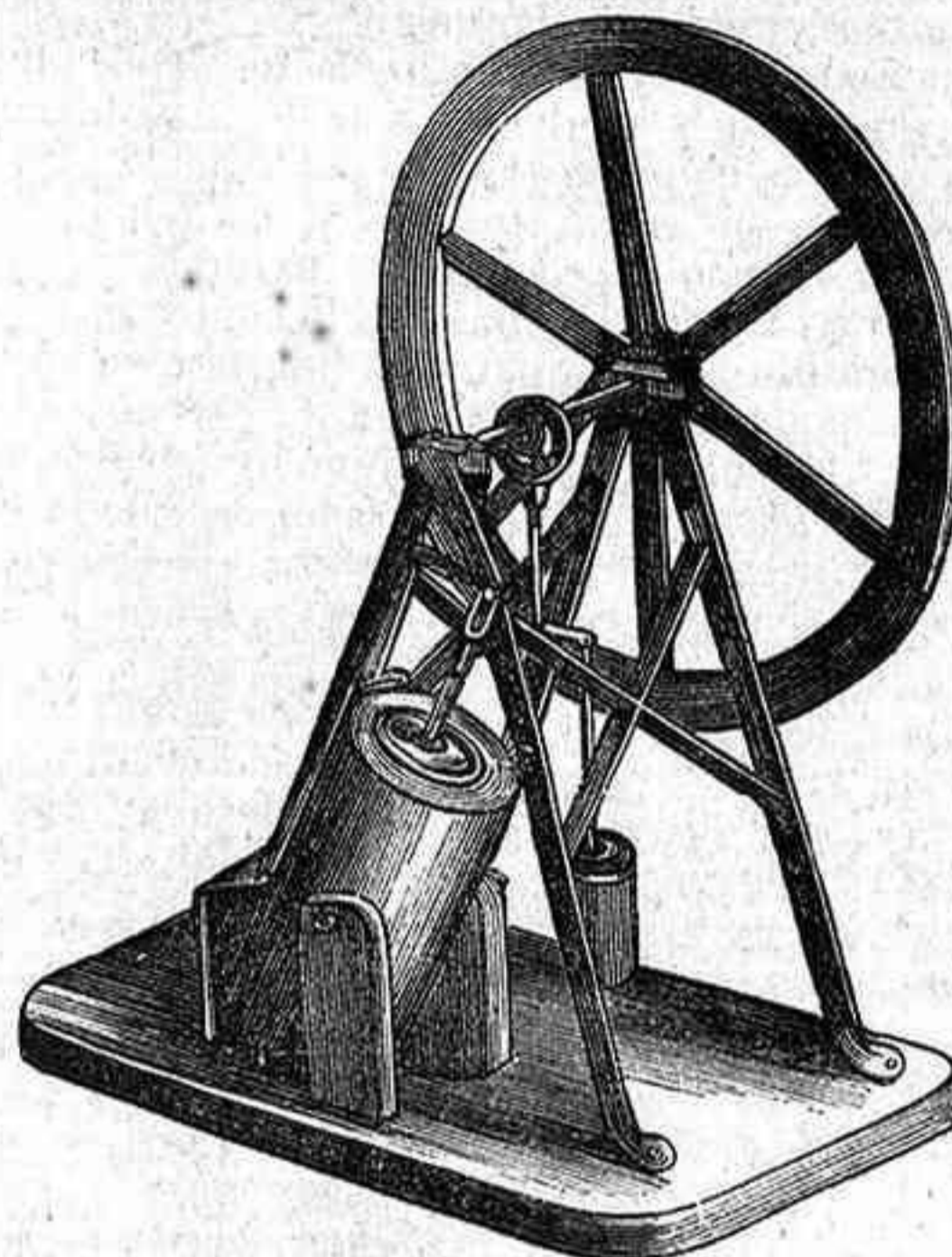
Por su padre ha dado cabida en su corazon á odios y á sentimientos repulsivos, que han yermado en él todos los afectos dulces y delicados con que la muger embellece y endulza hasta sus mismas lagrimas.

Por su padre ha sido aborrecida y calumniada, porque los vicios y los delitos de él no provocaban, durante el vértigo de la guerra civil, sino el horror á cuantos le rodeaban y le pertenecian.

Por su padre ha tenido que divorciarse con la humanidad entera, y cerrar su alma á todo otro sentimiento que no sea de partidos políticos.

Por su padre, su corazon no conoce, á los treinta y tantos años de su vida, la felicidad que la voz misma de Dios ha santificado en la humanidad. Su juventud se ha perdido; se perderá su vida, y su cabeza no se habrá reclinado jamás sobre el seno de un esposo.

Por su padre, tiene que proibir de su lado todas las personas honradas y cultas de su país.



Máquina para batir manteca.

Y por su padre, en fin, pasará su nombre á la posteridad, á recibir el juicio mas ó menos imparcial de la historia.

He ahí lo que es Manuela Rosas, una víctima, y nada mas que una víctima, de D. Juan Manuel Rosas.

Los aduladores del dictador, conviértanla en una diosa; sus enemigos irreflexivos y apasionados, háganla un demonio; unos y otros se desviarán de la verdad, pues ella no es mas que una muger desgraciada, que sin ser un ángel de bondad, no es tampoco un genio del mal. Una muger que hubiese podido ser excelente con otra educacion y otro padre; pero á quien ni su padre ni su educacion han conseguido hacer mala.

Es así como la creo; y en honor de la tierra en que ha nacido, he creído deber dibujar, aunque á grandes rasgos, la fisonomía de esta muger histórica, á quien se ha presentado siempre bajo tan falsos colores, para que una vez á lo menos se haya escrito la verdad sobre ella.—Montevideo, 1851.

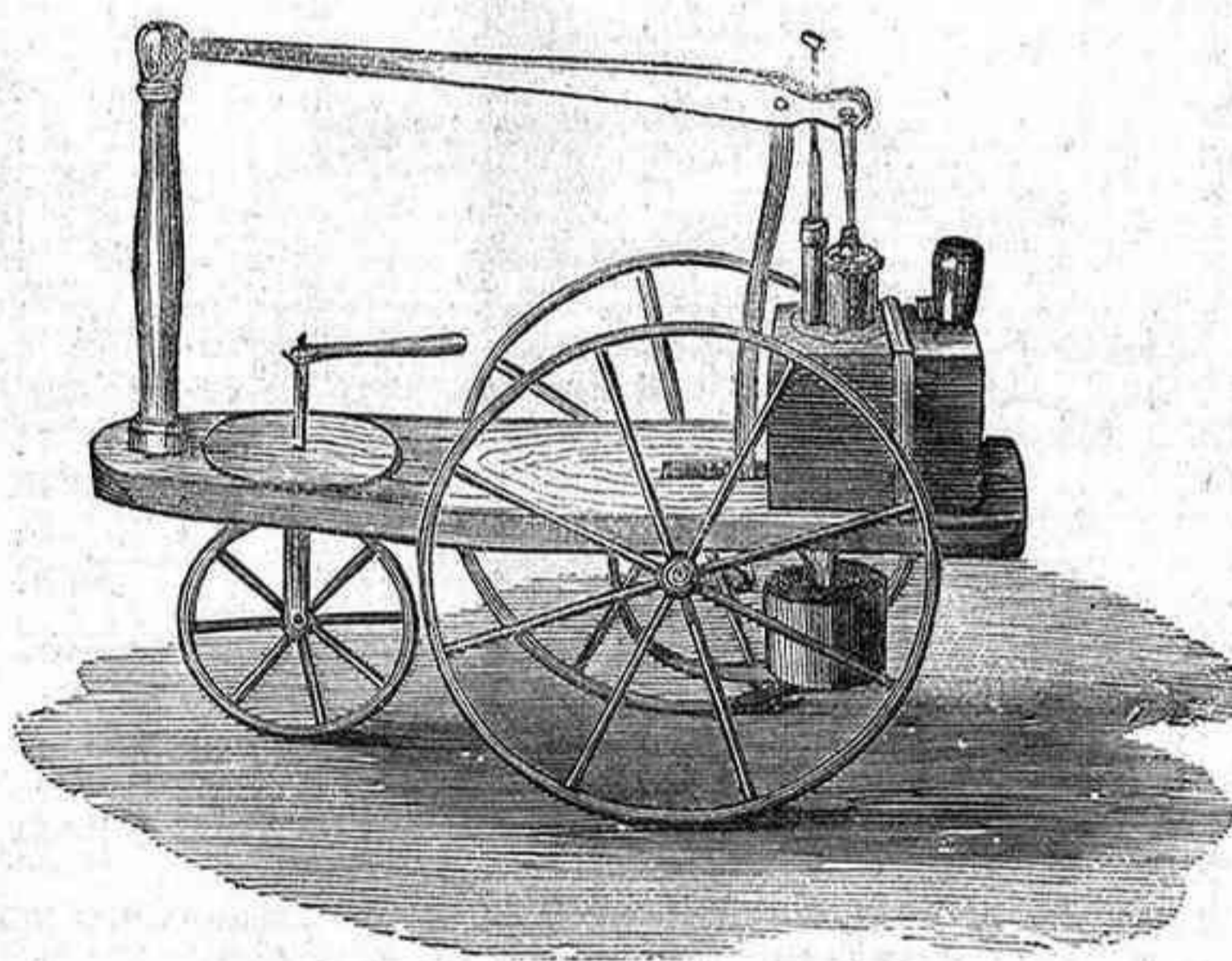
JOSÉ MÁRMOL.

ESPOSICION UNIVERSAL.

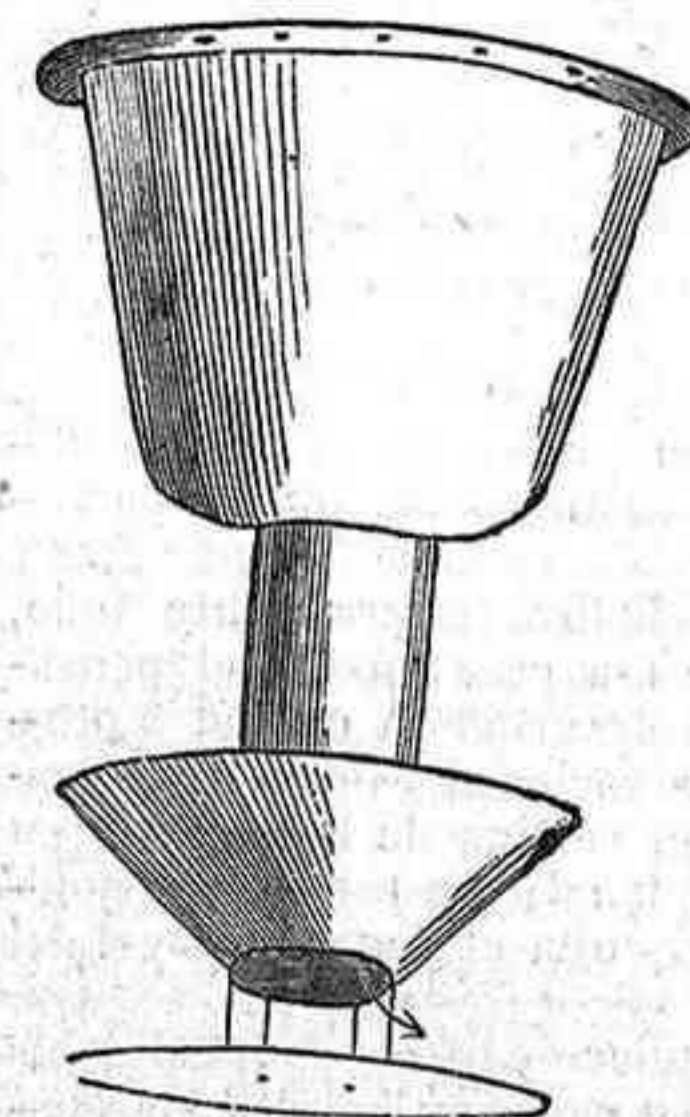
Objetos varios.

BROCHE ANTIGUO.

El lujo de nuestros antepasados, respecto á sus propios adornos, era muy superior al nuestro en el ramo de alhajas, aunque nuestras telas aventajan mucho á las que ellos usaban. MM. Waterhouse, de Dublin, han tenido la feliz idea de popularizar, reproduciéndolos, los mas bellos modelos de broches que se encuentran en los Museos de la Gran Bretaña.



Bomba para sacar agua.



Ventilador para buques.

Es una empresa que revela al artista y al anticuario industrioso.

MESA DIBUJADA POR LA DUQUESA DE SUTHERLAND.

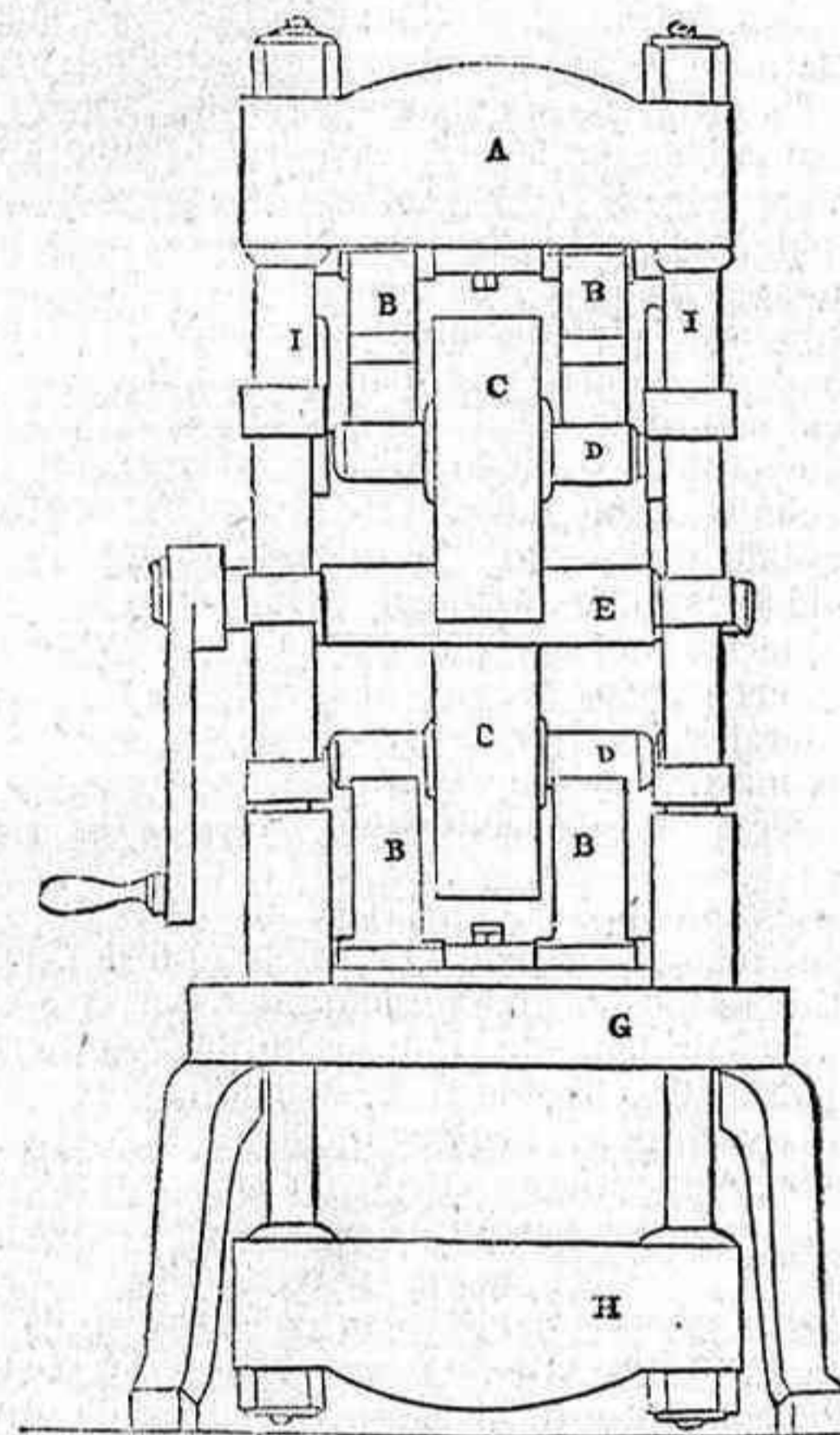
Las damas inglesas son sumamente aficionadas á objetos artísticos, y entre ellas se distingue la duquesa Sutherland, que ha dibujado la mesa cuyo modelo publicamos hoy en grabado. M. Morand, fabricante de muebles muy apreciados en Londres, lo ha llevado á efecto con un gusto y una maestria admirables.

ESCOPETA.

En tiempo de Luis XIV estaba en todo su furor el lujo en las armas de caza. La culata de escopeta, cuyo grabado presentamos, está llena de adornos de oro, de plata y de platina, al gusto del siglo XVII, los cuales forman un objeto artístico de primer orden.

VENTILADOR PARA BUQUES.

Este pequeño aparato es sumamente sencillo, y su aplicacion facilísima en estremo: basta colocarlo sobre un pié horizontal y movable, teniendo cuidado de establecer un tubo de comunicacion con las piezas que se desean ventilar: con arreglo á la necesidad se añaden dos ó tres tubos mas, con tal que sean cónicos, los cuales dan mayor salida al aire. Este medio puede emplearse en los buques lo mismo que en las habitaciones.



Prensa de M. Dick.

MÁQUINA PARA BATIR MANTECA.

La estension que se ha dado en ciertas comarcas á las explotaciones agrícolas, ha hecho necesario el empleo de máquinas hasta para las operaciones mas sencillas, como, por ejemplo, para el batido de la manteca. En el modelo cuyo grabado ofrecemos, se trasmite el movimiento por medio de una llave, que hace girar un cilindro de presión. La nata se agita así de dos modos, á saber: por medio

de las oscilaciones del cilindro, y por medio de la presión de este. La manteca que se obtiene sale siempre muy limpia y suelta.

PRESNA DE M. DICK.

Los dos grabados que representan esta prensa, la ofrecen uno de frente y otro de lado. Hé aquí su descripcion.

- A.—Estremo ó masa del coronamento.
- BB.—Sectores que suavizan el roce de los escéntricos.
- CC.—Escéntricos.
- DD.—Muñones de los mismos.
- E.—Cilindro motor, que engendra la presión volviéndose contra las superficies de los escéntricos.
- F.—Manecilla.
- G.—Parte superior de la prensa.
- H.—Idem inferior de la misma.

Esta descripcion nos parece suficiente para explicar cómo funciona la máquina. Se ve en efecto que el cilindro E, puesto en movimiento por la manecilla, debe, por su roce con las superficies de los escéntricos, obligar á estos á volverse, haciendo al mismo tiempo bajar la parte G de una manera proporcional.

Esta prensa puede aplicarse á toda clase de usos. Basta proporcionar las formas de los escéntricos á las exigencias de los mismos.

BOMBA PARA AGUA.

Es una máquina sencilla para sacar agua de los rios con la mayor facilidad: si los antiguos la hubieran conocido, se hubieran evitado invenciones de enredados artificios, que costaron mucho y hoy yacen en ruinas. El uso de esta bomba es ya general en los campos de la Gran Bretaña.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.